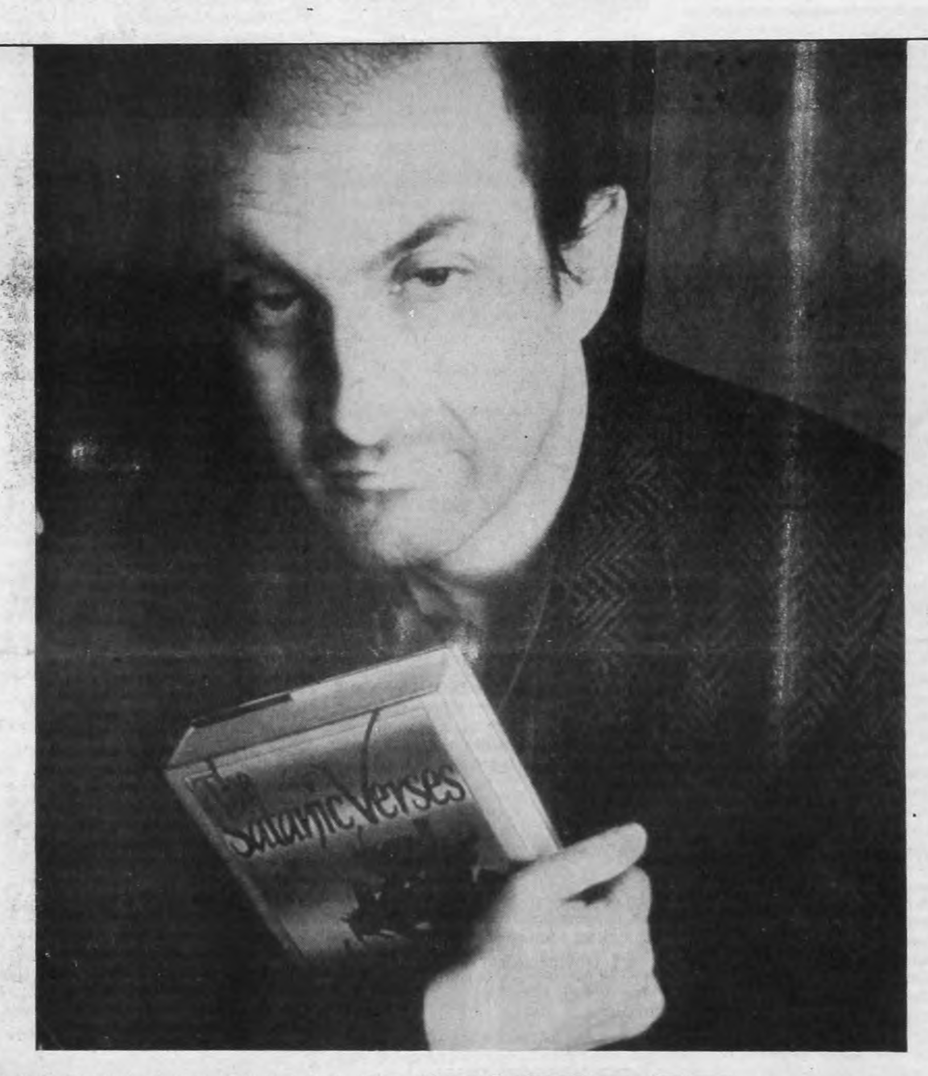
El escritor hindú Salman Rushdie parece no necesitar en estos días ninguna presentación sino, mucho más imperiosamente, un refugio para esconderse de las iras del ayatola Jomeini, máximo cabecilla religioso de los musulmanes chiitas. El 14 de febrero pasado el ayatola —movido por las herejías que, según él, desata contra la religión musulmana el último libro de Rushdie, *Versos Satánicos*— hizo un llamado a todos los musulmanes para buscar y ejecutar al escritor. Junto a las más importantes publicaciones mundiales, que se convirtieron en el eje del llamado Comité Internacional para la Defensa de Salman Rushdie y sus editores, escritores de todo el mundo enviaron sus palabras al autor condenado por la intolerancia. Una traducción y selección de esos textos —a cargo del joven narrador argentino Juan Forn— encabeza este suplemento que se completa con dos artículos desconocidos de Salman Rushdie.

CULTURAS



SALMAN RUSHDIE TIENE QUIEN LE ESCRIBA

Norman Mailer • Nadine Gordimer • Umberto Eco • José Donoso • Susan Sontag • Joseph Brodsky • Thomas Pynchon • Derek Walcott • Amos Oz • Rumer Godden • Iris Murdoch • Bharati Mukherjee • Adam Michnik • Octavio Paz • Thomas Keneally • Mario Vargas Llosa • Margaret Atwood • Tomás Eloy Martínez

NADINE GORDIMER (Sudáfrica)

Un escritor necesita libertad. No puedo expresar el horror que me producen esta amenaza y sus consecuencias. No existen precedentes; es la más escalofriante y excesiva prueba de lo que son las dictaduras. Puedo concebir que el libro haya herido sensibilidades, e incluso que los países musulmanes quieran prohibirlo; pero es inconcebible que alguien pretenda imponer su voluntad al mundo entero. No sé qué decirte, apenas asegurarte mi apoyo total y mi completo horror ante esta situación.

UMBERTO ECO (Italia)

Nadie puede ignorar tu odisea, por estas tres razones al menos. Primero (y nuevamente): un hombre es perseguido por haber escrito un libro. Segundo: por primera vez en la historia de este siglo se impone una pena de muerte más allá de las fronteras de un país, por encima de las leyes de otros países. El exilio, último refugio de los hombres libres, ya no sirve. Tercero: tus potenciales asesinos son convocados por los medios de difusión. Irónicamente, cualquier medio que cubra el evento contribuye a dar información y estímulo a nuevos asesinos potenciales. Merecés la más apasionada y completa solidaridad de todo hombre digno, pero me temo que eso es poco. Esta historia de un hombre solo contra la intolerancia universal y de un libro solo contra la locura de todos los medios de difusión puede generar muchas historias similares. Las campanas doblan por todos nosotros.

JOSEPH BRODSKY (URSS)

Me parece que el propio libro lo pedía. Estaba llamado a crear revuelo entre los musulmanes. Muchos escritores apuestan a una reacción exaltada con sus libros, y eso no tiene nada de malo en sí. Pero, por supuesto, lo excesivo de esta reacción era imposible de prever. Nada puede sorprendernos del ayatola Jomeini, que es teóricamente la autoridad suprema del Islam, en sus referencias al libro. En cuanto a lo que tiene debajo del turbante, me sorprende que nadie hasta ahora le haya puesto precio a eso. Sería la única respuesta pertinente. Si los literatos del mundo sentimos tanta indignación por el asunto, deberíamos hacer un pozo común y reunir *ese* precio. En el fondo, esto pone definitivamente al descubierto el hecho de que el fundamentalismo islámico ejecuta gente a diestra y siniestra y nadie abre la boca para decir nada.

OCTAVIO PAZ (México)

Asistimos a la desaparición de los valores modernos que impuso el Renacimiento. La gente que pide tu cabeza vive en el oscurantismo. Hemos llegado a un momento del siglo de verdadera contradicción histórica. Te diría: mantenete firme. En cuanto a mí, siempre defenderé el derecho de un escritor a equivocarse.

SUSAN SONTAG (EE.UU.)

Te imagino haciendo gimnasia y escuchando música, querido Salman. Y escribiendo. Escribiendo un nuevo libro. Y otro. Y otro.

RUMER GODDEN (India)

Habiendo vivido durante tantos años en



la India, creo que hubieras debido ser más consciente de la susceptibilidad de los musulmanes y de cuánto lo ofendías con tu libro. Todo lo referente a su religión genera en ellos una tremenda reacción, de manera similar a lo que ocurre con ciertos cristianos ultraortodoxos. De todas maneras, lo que hayas hecho, lo hiciste probablemente con la intención de crear buena literatura. Me estremece el riesgo que corre tu vida.

AMOS OZ (Israel)

La palabra escrita tiene todavía el alucinante poder de sacar a la luz lo mejor y lo peor de la naturaleza humana. Debemos por eso tratar las palabras con el mismo coraje, precisión y perspicacia con que tratamos la energía nuclear y la ingeniería genética. Aquellos dispuestos a asesinarte en realidad quieren asesinar nuestra civilización entera.

JOSE DONOSO (Chile)

Tu situación es total y salvajemente injusta. Mejor que sigas oculto hasta que amaine. Y va a amainar pronto. Después de un tiempo la gente olvidará el escándalo, pero si el libro es bueno recordarán el libro. Ojalá que todo esto contribuya a que los escritores se unan contra esta clase de situaciones y a reafirmar el poder de la palabra por sobre el de la espada.

MARGARET ATWOOD (Canadá)

Vos sos el que está en problemas, decinos *a nosotros* qué podemos hacer para apoyarte. Es demasiado fácil largar el rollo de lo que se me cruza por la cabeza sin que eso varíe tu posición. Pero acordate de esto: sos mucho más importante para Jomeini vivo que muerto. Muerto ya no le servís como anatema.

DEREK WALCOTT (EE.UU.)

Es lamentable que no se haya tenido en cuenta la fantasmagórica naturaleza de tu libro. Los santos llevados al límite de la tentación sufren a veces pesadillas que están más allá del pavor humano. Cuando la literatura intenta contener toda la desesperación humana es cuando más se acerca a la religión. La locura de *Satanic Verses* ha sido malinterpretada, adjudicándotela a vos y no a tus personajes. Todos los escritores corren peligro si se los juzga por los personajes que crearon: Shakespeare sería, entonces, un racista y Dante un mero fanático.

THOMAS KENEALLY (Australia)

Me acuerdo del día en que vos y Bruce Chatwin estaban en Adelaida preparando el viaje a Alice Springs. Ahora Bruce está muerto y a vos te ha sentenciado a muerte un tirano. Lo único que se me ocurre decir es lo que quiero gritar a los escritores en la manifestación que hicieron por la libre expresión en las calles de Nueva York: *"Yo soy Rushdie"*. Todos somos Rushdie.

IRIS MURDOCH (Inglaterra)

Terminan las guerras. La noche terminará.

NORMAN MAILER (EE.UU.)

"Mi patria, para bien o para mal", dijo Stephen Decatur. Eso es fe. Parece que todos los escritores que no tenemos fe hemos descubierto una a causa de tu pesadilla. La ironía es que siempre la tuvimos. Creemos en la libertad de expresión como un absoluto. Qué peligroso usar la palabra *absoluto,* pero vos la convocaste de nuestras entrañas. Brindo por tu salud.

ADAM MICHNIK (Polonia)

Me angustia profundamente que una vez más se incite públicamente al asesinato. Mi angustia es mayor porque la víctima de esa incitación es un escritor. Un mundo en el cual existe un gobernante fanático con poder para contratar asesinos a sueldo en todo el globo para matar a un individuo es un mundo en el que nadie está a salvo. Rushdie ha sido condenado a muerte, todos tenemos la obligación de defenderlo. Debemos ponernos categóricamente de su lado y en contra de aquellos que quieren asesinarlo. Me gustaría, Salman, que sepas que mi casa es tu casa.

TOMAS PYNCHON (EE.UU.)

Gracias por recordarnos a aquellos que escribimos nuestro deber como herejes, gracias por recordarnos nuevamente que el poder es un enemigo nuestro tan mortal como la irracionalidad, gracias por hacernos parecer más peligrosos, más sagaces, más útiles de lo que cotidianamente nos consideramos. Rezo por tu buena salud, tu seguridad y tu liviandad de espíritu.

BHARATI MUKHERJEE (India)

Quiero que sepas que nos preocupa más tu seguridad personal y la preservación de tu libro y tu mensaje que las patéticas reacciones de editores y distribuidores que desafortunadamente han copado los titulares de los diarios. Las jerarquías religiosas han demostrado que sólo son capaces de gestos de traición o cobardía. Espero que, a pesar de todo esto, Salman, tu próxima novela sea tan flagrantemente blasfema que hasta los liberales tiemblen.

MARIO VARGAS LLOSA (Perú)

He estado pensando mucho en usted y en lo que le ha sucedido. Soy totalmente solidario con su libro y me gustaría compartir con usted este ataque al racionalismo, la razón y la libertad. Los escritores deberían unir sus fuerzas en este momento crucial de libertad creativa. Creíamos que esta guerra se había ganado hacía tiempo, pero no era así. En el pasado fue la Inquisición cristiana, el fascismo, el estalinismo; ahora es fundamentalismo musulmán y probablemente habrá otros. El espíritu de libertad estará siempre amenazado por la irracionalidad y la intolerancia, que aparentemente tienen raíces profundas en el corazón humano.

TOMAS ELOY MARTINEZ (Argentina)

Los escritores han sido siempre peligrosos para el Poder, porque no hablan del mundo tal como debe ser: hablan del mundo tal como no es o como acaso sea. Eso confunde al Poder —que teme las confusiones— y desata su cólera. En *Versículos satánicos* (que acabo de leer de un tirón, con deslumbramiento), Salman Rushdie se ha permitido ejercer el humor sobre los almidones de la Fe, que es uno de los pedestales del Poder, y ha excavado con sus dudas un enorme desierto de certezas. Su historia es escandalosa pero no única, como lo revela cualquier manual sobre la Inquisición.

Jomeini ha puesto precio a la cabeza de Rushdie, y éste se ha ocultado. Hace poco más de una década, la Triple A y los dictadores militares de la Argentina liquidaron sin tanto preámbulo a escritores y periodistas que se permitieron disentir con sus dogmas de fe. Cientos de intelectuales están alzando su voz para condenar la guerra santa de Jomeini contra un hombre solo. Aquí, en Buenos Aires, todas las semanas sigo leyendo, en cambio, alabanzas a los jomeinis vernáculos que libraron su santa cacería contra novelistas indefensos como Haroldo Conti. Algunas de sus alabanzas, curiosamente, están firmadas por cruzados que ahora defienden a Rushdie.

Hace cuarenta años, la nación independiente de India y yo nacimos con ocho semanas de diferencia. Yo llegué primero. Esto dio origen a una broma familiar —que el retiro de los británicos lo ocasionó mi entrada en escena—, y la broma, a su vez, se convirtió en el germen de mi novela *Hijos de la medianoche*, en la que no uno sino mil y un niños, nacidos a la medianoche de la libertad, en la primera hora del 15 de agosto de 1947, quedaban cómica y trágicamente vinculados al nacimiento de una nación.

(Yo calculé, por cierto, que la tasa de nacimientos en India en 1947 era aproximadamente de dos bebés por segundo, de modo que mi ficticio número de 1001 por hora quedó, si acaso, un poco bajo.)

La reacción en cadena siguió. El título de la novela para muchos se convirtió en una frase de uso familiar para definir a esa generación que era demasiado joven para recordar el Imperio o la lucha de liberación; y cuando Rajiv Gandhi, que nació en 1944, se convirtió en primer ministro en 1984, descubrí que los periódicos le dieron la bienvenida a su gobierno con titulares como "LLEGAN LOS NIÑOS DE LA MEDIANOCHE".

Así que cuando llegaron los cuarenta, se me ocurrió echarle un vistazo al estado de la nación hindú, que, al igual que yo, entraba en su quinta década, y ver, en particular, a través de los ojos de la generación de 1947, los ciudadanos gemelos del país, mi propia generación. Tomé un avión rumbo al subcontinente en busca de las contrapartes verdaderas de los seres imaginarios que yo había creado. Los hijos de la medianoche reales: encontrarlos sería como cerrar un círculo.

Había una pregunta que yo quería tratar de responder, con la ayuda de ellos: *¿existe India?* Ante ella, era una especie de investigación extraña, redundante. Después de todo, allí está manifiestamente el sitio gigantesco, un diamante en bruto de dos mil millas de largo y más o menos las mismas de ancho, casi tan grande como Europa occidental, aunque nunca se podría dar uno cuenta a partir de la proyección Mercator, poblado por alrededor de una sexta parte de la raza humana, hogar de la mayor industria cinematográfica sobre la tierra, que engendra festivales por todo el mundo, famosa como "la democracia de mayor tamaño en el mundo". ¿Existe India? Si no es así, ¿qué es lo que sigue separando a Pakistán y a Bangladesh?

Cuando se empieza a pensar sobre la entidad política, la nación de India, esa que cumple su aniversario cuarenta, la pregunta empieza a adquirir sentido. Después de todo, en los cuatro mil años de historia hindú nunca existió tal criatura, de India unida. Nadie pudo gobernar todo el territorio, ni los mongoles ni los británicos. Y entonces, aquella medianoche, la cosa que nunca había existido de pronto quedó "libre". ¿Pero qué era eso? ¿Sobre qué terreno común —en caso de haberlo— se erigió, se erige?

Algunos países están unidos por un idioma común; India posee unos quince idiomas importantes e innumerables lenguas pequeñas. Su pueblo tampoco está unido por la raza, la religión o la cultura. En estos días se llegan incluso a escuchar comentarios que sugieren que la preservación de la unidad no está en el interés común. La descripción de John Kenneth Galbraith de India como "anarquía operante" sigue siendo válida, pero las tensiones en el país nunca habían sido tan grandes. ¿Existe India? Si no es así, la explicación está en una sola palabra: comunalismo. La política del odio religioso.

Existe un poblado de tamaño medio de nombre Ayodhya en el estado de Uttar Pradesh, y en este poblado está una mezquita bastante concurrida de nombre Babri Masjid. Sin embargo, según el *Ramayana,* Ayodhya fue en donde nació el propio dios Rama, y de acuerdo con una leyenda regional el lugar en el que nació —el Ramjanmabhoomi— es donde en la actualidad está un centro de adoración musulmán. Este lugar ha sido un territorio en disputa desde la independencia, pero durante la mayor parte de los cuarenta años se ocultó este problema por el método tan hindú de cancelar el asunto, cerrando las puertas de la mezquita, y no dejando entrar ni a hindúes ni a musulmanes.

No obstante, el año pasado, el caso por fin llegó a la Corte, y el juicio pareció favorecer a los hindúes. Se abrió Babri Masjid y cayó en manos de la extremista organización fundamentalista hindú, la Vishwa Hindu Parishad. Desde entonces, los indios y los musulmanes en todo el norte de India se han estado enfrentando y a cada estallido de violencia comunal el caso Babri Masjid sale a colación como el motivo principal.

Al llegar a Delhi, la vieja Ciudad Amu-



NADINE GORDIMER (Sudáfrica)

Un escritor necesita libertad. No puedo expresar el horror que me producen esta amenaza y sus consecuencias. No existen precedentes; es la más escalofriante y excesiva prueba de lo que son las dictaduras. Puedo concebir que el libro haya herido sensibilidades, e incluso que los países musulmanes quieran prohibirlo; pero es inconcebible que alguien pretenda imponer su voluntad al mundo entero. No sé qué decirte, apenas asegurarte mi apoyo total y mi completo horror ante esta situación.

UMBERTO ECO (Italia)

Nadie puede ignorar tu odisea, por estas tres razones al menos. Primero (y nuevamente): un hombre es perseguido por haber escrito un libro. Segundo: por primera vez en la historia de este siglo se impone una pena de muerte más allá de las fronteras de un país, por encima de las leyes de otros países. El exilio, último refugio de los hombres libres, ya no sirve. Tercero: tus potenciales asesinos son convocados por los medios de difusión. Irónicamente, cualquier medio que cubra el evento contribuye a dar información y estímulo a nuevos asesinos potenciales. Merecés la más apasionada y completa solidaridad de todo hombre digno, pero me temo que eso es poco. Esta historia de un hombre solo contra la intolerancia universal y de un libro solo contra la locura de todos los medios de difusión puede generar muchas historias similares. Las campanas doblan por todos nosotros.

JOSEPH BRODSKY (URSS)

Me parece que el propio libro lo pedía. Estaba llamado a crear revuelo entre los musulmanes. Muchos escritores apuestan a una reacción exaltada con sus libros, y eso no tiene nada de malo en sí. Pero, por supuesto, lo excesivo de esta reacción era imposible de prever. Nada puede sorprendernos del ayatola Jomeini, que es teóricamente la autoridad suprema del Islam, en sus referencias al libro. En cuanto a lo que tiene debajo del turbante, me sorprende que nadie hasta ahora le haya puesto precio a eso. Sería la única respuesta pertinente. Si los literatos del mundo sentimos tanta indignación por el asunto, deberíamos hacer un pozo común y reunir ese precio. En el fondo, esto pone definitivamente al descubierto el hecho de que el fundamentalismo islámico ejecuta gente a diestra y siniestra y nadie abre la boca para decir nada.

OCTAVIO PAZ (México)

Asistimos a la desaparición de los valores modernos que impuso el Renacimiento. La gente que pide tu cabeza vive en el oscurantismo. Hemos llegado a un momento del siglo de verdadera contradicción histórica. Te diría: mantenete firme. En cuanto a mí, siempre defenderé el derecho de un escritor a equivocarse.

SUSAN SONTAG (EE.UU.)

Te imagino haciendo gimnasia y escuchando música, querido Salman. Y escribiendo. Escribiendo un nuevo libro. Y otro. Y otro.

RUMER GODDEN (India)

Habiendo vivido durante tantos años en la India, creo que hubieras debido ser más consciente de la susceptibilidad de los musulmanes y de cuánto los ofendías con tu libro. Todo lo referente a su religión genera en ellos una tremenda reacción, de manera similar a lo que ocurre con ciertos cristianos ultraortodoxos. De todas maneras, lo que hayas hecho, lo hiciste probablemente con la intención de crear buena literatura. Me estremece el riesgo que corre tu vida.

AMOS OZ (Israel)

La palabra escrita tiene todavía el alucinante poder de sacar a la luz lo mejor y lo peor de la naturaleza humana. Debemos por eso tratar las palabras con el mismo coraje, precisión y perspicacia con que tratamos la energía nuclear y la ingeniería genética. Aquellos dispuestos a asesinarte en realidad quieren asesinar nuestra civilización entera.

JOSE DONOSO (Chile)

Tu situación es total y salvajemente injusta. Mejor que sigas oculto hasta que amaine. Y va a amainar pronto. Después de un tiempo la gente olvidará el escándalo, pero si el libro es bueno recordarán el libro. Ojalá que todo esto contribuya a que los escritores se unan contra esta clase de situaciones y a reafirmar el poder de la palabra por sobre el de la espada.

MARGARET ATWOOD (Canadá)

Vos sos el que está en problemas, decinos *a nosotros* qué podemos hacer para apoyarte. Es demasiado fácil largar el rollo de lo que se me cruza por la cabeza sin que eso varíe tu posición. Pero acordate de esto: sos mucho más importante para Jomeini vivo que muerto. Muerto ya no le servís como anatema.

DEREK WALCOTT (EE.UU)

Es lamentable que no se haya tenido en cuenta la fantasmagórica naturaleza de tu libro. Los santos llevados al límite de la tentación sufren a veces pesadillas que están más allá del pavor humano. Cuando la literatura intenta contener toda la desesperación humana es cuando más se acerca a la religión. La locura de *Satanic Verses* ha sido malinterpretada, adjudicándotela a vos y no a tus personajes. Todos los escritores corren peligro si se los juzga por los personajes que crearon: Shakespeare sería, entonces, un racista y Dante un mero fanático.

THOMAS KENEALLY (Australia)

Me acuerdo del día en que vos y Bruce Chatwin estaban en Adelaida preparando el viaje a Alice Springs. Ahora Bruce está muerto y a vos te ha sentenciado a muerte un tirano. Lo único que se me ocurre decir es lo que oí gritar a los escritores en la manifestación que hicieron por la libre expresión en las calles de Nueva York: *"Yo soy Rushdie"*. Todos somos Rushdie.

IRIS MURDOCH (Inglaterra)

Terminan las guerras. La noche terminará.

NORMAN MAILER (EE.UU.)

"Mi patria, para bien o para mal", dijo Stephen Decatur. Eso es fe. Parece que todos los escritores que no tenemos fe hemos descubierto una a causa de tu pesadilla. La ironía es que siempre la tuvimos. Creemos en la libertad de expresión como un absoluto. Qué peligroso usar la palabra *absoluto*, pero vos la convocaste de nuestras entrañas. Brindo por tu salud.

ADAM MICHNIK (Polonia)

Me angustia profundamente que una vez más se incite públicamente al asesinato. Mi angustia es mayor porque la víctima de esa incitación es un escritor. Un mundo en el cual existe un gobernante fanático con poder para contratar asesinos a sueldo en todo el globo para matar a un individuo es un mundo en el que nadie está a salvo. Rushdie ha sido condenado a muerte, todos tenemos la obligación de defenderlo. Debemos ponernos categóricamente de su lado y en contra de aquellos que quieren asesinarlo. Me gustaría, Salman, que sepas que mi casa es tu casa.

TOMAS PYNCHON (EE.UU)

Gracias por recordarnos a aquellos que escribimos nuestro deber como herejes, gracias por recordarnos nuevamente que el poder es un enemigo nuestro tan mortal como la irracionalidad, gracias por hacernos parecer más peligrosos, más sagaces, más útiles de lo que cotidianamente nos consideramos. Rezo por tu buena salud, tu seguridad y tu liviandad de espíritu.

BHARATI MUKHERJEE (India)

Quiero que sepas que nos preocupa más tu seguridad personal y la preservación de tu libro y tu mensaje que las patéticas reacciones de editores y distribuidores que desafortunadamente han copado los titulares de los diarios. Las jerarquías religiosas han demostrado que sólo son capaces de gestos de traición o cobardía. Espero que, a pesar de todo esto, Salman, tu próxima novela sea tan flagrantemente blasfema que hasta los liberales tiemblen.

MARIO VARGAS LLOSA (Perú)

He estado pensando mucho en usted y en lo que le ha sucedido. Soy totalmente solidario con su libro y me gustaría compartir con usted este ataque al racionalismo, la razón y la libertad. Los escritores deberían unir sus fuerzas en este momento crucial de libertad creativa. Creíamos que esta guerra se había ganado hacia tiempo, pero no era así. En el pasado fue la Inquisición cristiana, el fascismo, el estalinismo; ahora es fundamentalismo musulmán y probablemente habrá otros. El espíritu de libertad estará siempre amenazado por la irracionalidad y la intolerancia, que aparentemente tienen raíces profundas en el corazón humano.

TOMAS ELOY MARTINEZ (Argentina)

Los escritores han sido siempre peligrosos para el Poder, porque no hablan del mundo tal como debe ser: hablan del mundo tal como no es o como acaso sea. Eso confunde al Poder —que teme las confusiones— y desata su cólera. En *Versículos satánicos* (que acabo de leer de un tirón, con deslumbramiento), Salman Rushdie se ha permitido ejercer el humor sobre los almidones de la Fe, que es uno de los pedestales del Poder, y ha excavado con sus dudas un enorme desierto de certezas. Su historia es escandalosa pero no única, como lo revela cualquier manual sobre la Inquisición.

Jomeini ha puesto precio a la cabeza de Rushdie, y éste se ha ocultado. Hace poco más de una década, la Triple A y los dictadores militares de la Argentina liquidaron sin tanto preámbulo a escritores y periodistas que se permitieron disentir con sus dogmas de fe. Cientos de intelectuales están alzando su voz para condenar la guerra santa de Jomeini contra un hombre solo. Aquí, en Buenos Aires, todas las semanas sigo leyendo, en cambio, alabanzas a los jomeinis vernáculos que libraron su santa cacería contra novelistas indefensos como Haroldo Conti. Algunas de sus alabanzas, curiosamente, están firmadas por cruzados que ahora defienden a Rushdie.



Diez mil manifestantes marchan frente a la embajada británica en Teherán —es el 15 de febrero— en protesta por la publicación de *Versos Satánicos*. En el centro, la cara del ayatola.

VIAJE A LA INDIA

Por Salman Rushdie

Hace cuarenta años, la nación independiente de India y yo nacimos con ocho semanas de diferencia. Yo llegué primero. Esto dio origen a una broma familiar —que el retiro de los británicos lo ocasionó mi entrada en escena—, y la broma, a su vez, se convirtió en el germen de mi novela *Hijos de la medianoche*, en la que no uno sino mil y un niños, nacidos a la medianoche de la libertad, en la primera hora del 15 de agosto de 1947, quedaban cómica y trágicamente vinculados al nacimiento de una nación.

(Yo calculé, por cierto, que la tasa de nacimientos en India en 1947 era aproximadamente de dos bebés por segundo, de modo que mi ficticio número de 1001 por hora quedó, si acaso, un poco bajo.)

La reacción en cadena siguió. El título de la novela para muchos se convirtió en una frase de uso familiar para definir a esa generación que era demasiado joven para recordar el Imperio o la lucha de liberación; y cuando Rajiv Gandhi, que nació en 1944, se convirtió en primer ministro en 1984, descubrí que los periódicos le dieron la bienvenida a su gobierno con titulares como "LLEGAN LOS NIÑOS DE LA MEDIANOCHE".

Así que cuando llegaron los cuarenta, se me ocurrió echarle un vistazo al estado de la nación hindú, que, al igual que yo, entraba en su quinta década, y ver, en particular, a través de los ojos de la generación de 1947, los ciudadanos gemelos del país, mi propia generación. Tomé un avión rumbo al subcontinente en busca de las contrapartes verdaderas de los seres imaginarios que yo había creado. Los hijos de la medianoche reales: encontrarlos sería como cerrar un círculo.

Había una pregunta que yo quería tratar de responder, con la ayuda de ellos: *¿existe India?* Ante ella, era una especie de investigación extraña, redundante. Después de todo, allí está manifiestamente el sitio gigantesco, un diamante en bruto de dos mil millas de largo y más o menos las mismas de ancho, casi tan grande como Europa occidental, aunque nunca se podría dar uno cuenta a partir de la proyección Mercator, poblado por alrededor de una sexta parte de la raza humana, hogar de la mayor industria cinematográfica sobre la tierra, que engendra festivales por todo el mundo, famosa como "la democracia de mayor tamaño en el mundo". ¿Existe India? Si no es así, ¿qué es lo que sigue separando a Pakistán y a Bangladesh?

Cuando se empieza a pensar sobre la entidad política, la nación de India, esa que cumple su aniversario cuarenta, la pregunta empieza a adquirir sentido. Después de todo, en los cuatro mil años de historia hindú nunca existió tal criatura, de India unida. Nadie pudo gobernar todo el territorio, ni los mongoles ni los británicos. Y entonces, aquella medianoche, la cosa que nunca había existido de pronto quedó "libre". ¿Pero qué era eso? ¿Sobre qué terreno común —en caso de haberlo— se erigió, se erige?

Algunos países están unidos por un idioma común; India posee unos quince idiomas importantes e innumerables lenguas pequeñas. Su pueblo tampoco está unido por la raza, la religión o la cultura. En estos días se llegan incluso a escuchar comentarios que sugieren que la preservación de la unidad no está en el interés común. La descripción de John Kenneth Galbraith de India como "anarquía operante" sigue siendo válida, pero las tensiones en el país nunca habían sido tan grandes. ¿Existe India? Si no es así, la explicación está en una sola palabra: comunalismo. La política del odio religioso.

Existe un poblado de tamaño medio de nombre Ayodhya en el estado de Uttar Pradesh, y en este poblado está una mezquita bastante concurrida de nombre Babri Masjid. Sin embargo, según el *Ramayana*, Ayodhya fue en donde nació el propio dios Rama, y de acuerdo con una leyenda regional el lugar en el que nació —el Ramjanmabhoomi— es donde en la actualidad está un centro de adoración musulmán. Este lugar ha sido un territorio en disputa desde la independencia, pero durante la mayor parte de los cuarenta años se ocultó este problema por el método tan hindú de cancelar el asunto, cerrando las puertas de la mezquita, y no dejando entrar ni a hindúes ni a musulmanes.

No obstante, el año pasado, el caso por fin llegó a la Corte, y el juicio pareció favorecer a los hindúes. Se abrió Babri Masjid y cayó en manos de la extremista organización fundamentalista hindú, la Vishwa Hindu Parishad. Desde entonces, los indios y los musulmanes en todo el norte de India se han estado enfrentando y a cada estallido de violencia comunal el caso Babri Masjid sale a colación como el motivo principal.

Al llegar a Delhi, la vieja Ciudad Amurallada vivía un estricto toque de queda precisamente por uno de esos estallidos de violencia comunal. En los pequeños callejones a las afueras de Chandni Chowk conocí a un sastre indio, Habrans Lal, nacido en 1947 y tan tranquilo y amable como la persona que a uno le gustaría hallar. La violencia lo aterraba. "Cuando empezó la violencia", dijo, "cerré la tienda y huí". Pero a pesar de toda su moderación, Habrans Lal fue un partidario decidido del partido nacionalista indio al que se solía llamar Jan Sangh y ahora es el BJP. "Yo voté por Rajiv Gandhi en las elecciones después que murió la Sra. Gandhi", dijo. "Fue un gran error. No lo voy a volver a hacer." Le pregunté qué era lo que había que hacer sobre Babri Masjid. ¿Deberían volverlo a cerrar como lo había estado durante muchos años? ¿Debía ser un lugar al que pudieran asistir los musulmanes y los hindúes a rezar? "Es un santuario hindú", dijo. "Debe ser de los hindúes". No existía, en su mente, la posibilidad de un compromiso.

Un par de días después la Ciudad Amurallada seguía tensa. El toque de queda se había levantado por una o dos horas cada día para que la gente pudiera salir a comprar alimento. El resto del tiempo la vigilancia era muy severa. Era Eid, la gran festividad musulmana que celebra el final del mes de ayuno, pero los principales imanes de la ciudad habían dicho que no se debería celebrar ese Eid. En Meerut flotaban en el río los cadáveres mutilados de los musulmanes. La fuerza policíaca de la ciudad, preponderantemente hindú, la PAC, se había vuelto loca. Otra vez, Babri Masjid era uno de los huesos en disputa.

Conocí a Abdul Ghani, un musulmán de Delhi que trabajaba en una tienda de saris, y quien, al igual que Habrans Lal, India y yo, había nacido en 1947. Me sorprendió lo parecido que era a Habrans Lal. Eran de complexión media, hombres de modales tranquilos, de voz baja, cortés, y sonrisas atractivas. Los dos ganaban alrededor de mil rupias —ochenta dólares— al mes, y soñaban con tener sus propias tiendas, sabiendo que nunca iba a ser así. Y al llegar a la división comunal entre hindúes y musulmanes, Abdul Ghani fue tan franco como Habrans Lal. "Lo que pertenece a los musulmanes", dijo cuando le pregunté por Babri Masjid, "debe devolvérseles a los musulmanes. No hay nada más que hacer".

La amabilidad de Habrans Lal y Abdul Ghani volvía especialmente elocuentes sus divisiones religiosas. Y Babri Masjid no era el único asunto entre las religiones. En Ahmadabad, en el estado de Gujart, la violencia hindú-musulmana se volvió a concentrar en el área de la antigua ciudad amurallada de Manik Chowk, y desde tiempo atrás había adquirido su propia lógica interna: eran tantas las familias que habían perdido miembros en la lucha que el ciclo de la venganza era imparable. También intervenían las fuerzas policíacas. En el hospital de Ahmadabad los doctores descubrieron que muchas de las heridas con cuchillo que trataban las habían hecho profesionales. Alguien estaba enviando asesinos entrenados al pueblo.

El 17 de febrero, una mujer iraní sostiene una bandera norteamericana junto con la tapa del libro de Rushdie.

Por todo el territorio de India —Meerut, Delhi, Ahmadabad, Bombay— crecía la tensión entre hindúes y musulmanes. En Bombay, una periodista (n. 1947) me dijo que muchos incidentes comunales sucedían en áreas donde los musulmanes habían empezado a prosperar y a ascender en la escala social. Detrás de los lugares clave como Ayodhya, sugirió, estaba el resentimiento hindú ante la prosperidad musulmana.

El Vishwa Hindu Parishad tiene una lista de más de cien lugares disputados del tipo del Babri Masjid. Dos son especialmente importantes. En Mathura, un santuario musulmán, está en el supuesto lugar de nacimiento del dios Krishna, y en Benares, un lugar supuestamente consagrado a Shiva está también en manos musulmanas.

Hallé otro "hijo de la medianoche" en Bombay, un trabajador clerical en el muelle, un musulmán de nombre Mukadam que era tal superciudadano que parecía increíble lo bueno que era. Mukadam estaba entregado por completo a la unidad de India. El creía en las familias pequeñas. El pensaba que todos los indios tenían el deber de educarse a sí mismos, y él mismo se había metido a numerosas escuelas nocturnas. En su muelle lo habían nombrado el Mejor Trabajador. En su pueblo, decía con orgullo, las personas de todos los credos vivían juntas en completa armonía. "Así es como debe ser", decía. "Después de todo, estas religiones no son sino palabras. Lo que hay detrás de ellas es lo mismo, no importa de qué credo se trate."

Pero cuando la violencia comunal llegó a los muelles de Bombay en 1985, la superciudadanía de Mukadam no le sirvió de mucho. El día que la agitación llegó a su muelle se salvó porque él no estaba allí. Durante semanas no se atrevió a regresar. Y ahora, dice, está preocupado de que pueda suceder otra vez en cualquier momento.

Al igual que Mukadam, muchos miembros de los grupos minoritarios hindúes empezaron como devotos de la antigua definición secular de India, y no hubo hindúes más patrióticos que los sijs. Hasta el año de 1984, se podía decir que los sijs eran *los hindúes nacionalistas*. Luego vino la tormenta del Templo Dorado y el asesinato de la Sra. Gandhi, y todo cambió.

El grupo de sijs radicales que dirigía Jarnail Singh Bhindranwale, el líder religioso que murió en la tormenta del Templo Dorado, no se puede decir que represente más que a una pequeña minoría de sijs. La campaña en favor de un estado sij separado, Jalistán, halló muy pocos seguidores entre los sijs de India. Hasta noviembre de 1984, cuando murió Indira Gandhi y se supo que sus asesinos fueron los sijs.

En Delhi, furiosas bandas hindúes —entre las cuales se veían por todas partes los hombres del Partido del Congreso (I) de la Sra. Gandhi— decidieron detener a todos los sijs responsables de las hazañas de los asesinos. De este modo se empezó a dar una nueva forma de violencia comunal —los disturbios hindúes-sijs—, y en los diez días siguientes la comunidad sij sufrió una serie de ataques traumáticos de los que no se ha recuperado, ni se recuperará.

En la cuadra 32 del suburbio de Delhi que se llama Trilokpuri, se calcula que quemaron vivos a unos 350 sijs. Recorrí a pie las calles de casas incendiadas, en algunas de las cuales todavía se alcanzaban a ver los huesos de los muertos. Era el peor lugar que yo había visto en mi vida, nada menos porque en las calles vecinas los niños jugaban normalmente, los vecinos vivían su vida. Pero algunos de estos vecinos eran los mismos que habían perpetrado el crimen de Trilokpuri 32, que fue una de las numerosas matanzas de sijs que tuvieron lugar en el mes de noviembre. Muchos "hijos de la medianoche" sijs no llegaron a los cuarenta años.

Escuché muchas de estas muertes, pero dejaré que una sola de ellas hable por las demás. Cuando la multitud llegó por Hari Sangh, un taxista como muchos sijs de Delhi, su hijo escapó por un terreno baldío de yerbas. A su esposa la obligaron a ver cómo le arrancaban la barba a su esposo. (Este ritual del desprendimiento de la barba fue característico de los asesinatos de noviembre.) Ella se las arregló para quedarse con la barba, pensando que eso era, cuando menos, una parte de él con la que ella podría quedarse, y corrió al interior de su casa para esconderla. Entonces bañaron en kerosén a Hari Sangh y le prendieron fuego. También buscaron a su hijo adolescente, lo encontraron, lo apalearon hasta dejarlo inconsciente, y también lo incineraron. Ellos supieron que él era sij a pesar de que se había cortado el pelo, porque cuando encontraron la barba de su padre encontraron también el pelo del hijo, que la madre había guardado.

Otro taxista, Pal Singh (nacido en noviembre de 1947) me contó que él nunca tuvo tiempo para el movimiento en favor de Jalistán, pero que después de 1984 había cambiado de parecer. "Ahora habrá de salir", dice, "tal vez en unos diez años". Los sijs vendían sus propiedades en Delhi y compraban tierra en el Punjab, de modo que si llegaba el momento de regresar al suelo sij no tuvieran que dejar sus bienes. "Yo lo estoy haciendo también", dijo Pal Singh.

Casi tres años después de las masacres de 1984, a nadie se le ha acusado de haber asesinado a un sij en esos temibles días. El Congreso, el partido de Rajiv Gandhi, se apoya cada vez más en el voto hindú y se niega a perderlo.

El nuevo elemento en el comunalismo hindú es el surgimiento de una conciencia colectiva hindú que trasciende la casta, y que cree que las otras minorías hindúes amenazan la esencia hindú. Hay pruebas de que el Congreso (I) de Rajiv trata de controlar ese tigre. En Bombay, el tigre tiene el poder realmente. El partido gobernante Shiv Sena, cuyo símbolo es el de un tigre, es la agrupación hindú-fundamentalista más abierta que ha llegado al poder en toda India.

Su dirigente, Bal Thackeray, un viejo caricaturista, habla abiertamente de que él cree que la democracia fracasó en India. No oculta su franca hostilidad hacia los musulmanes. En los tumultos de Bhiwandi de 1985, unos meses antes de que el Shiv Sena ganara las elecciones municipales en Bombay, los activistas del Shiv Sena estuvieron metidísimos en los actos de violencia antimusulmanes. Y en la actualidad, al mismo tiempo que Sena busca extender su influencia a las zonas rurales de Maharashtra —el estado del que es capital Bombay—, hay noticias de inci-





Diez mil manifestantes marchan frente a la embajada británica en Teherán —es el 15 de febrero— en protesta por la publicación de *Versos Satánicos*. En el centro, la cara del ayatola.

VIAJE A LA INDIA

Por Salman Rushdie

rallada vivía un estricto toque de queda precisamente por uno de esos estallidos de violencia comunal. En los pequeños callejones a las afueras de Chandni Chowk conocí a un sastre indio, Habrans Lal, nacido en 1947 y tan tranquilo y amable como la persona que a uno le gustaría hallar. La violencia lo aterraba. "Cuando empezó la violencia", dijo, "cerré la tienda y huí". Pero a pesar de toda su moderación, Habrans Lal fue un partidario decidido del partido nacionalista indio al que se solía llamar Jan Sangh y ahora es el BJP. "Yo voté por Rajiv Gandhi en las elecciones después que murió la Sra. Gandhi", dijo. "Fue un gran error. No lo voy a volver a hacer." Le pregunté qué era lo que había que hacer sobre Babri Masjid. ¿Deberían volverlo a cerrar como lo había estado durante muchos años? ¿Debía ser un lugar al que pudieran asistir los musulmanes y los hindúes a rezar? "Es un santuario hindú", dijo. "Debe ser de los hindúes". No existía, en su mente, la posibilidad de un compromiso.

Un par de días después la Ciudad Amurallada seguía tensa. El toque de queda se había levantado por una o dos horas cada día para que la gente pudiera salir a comprar alimento. El resto del tiempo la vigilancia era muy severa. Era Eid, la gran festividad musulmana que celebra el final del mes de ayuno, pero los principales imanes de la ciudad habían dicho que no se debería celebrar ese Eid. En Meerut flotaban en el río los cadáveres mutilados de los musulmanes. La fuerza policíaca de la ciudad, preponderantemente hindú, la PAC, se había vuelto loca. Otra vez, Babri Masjid era uno de los huesos en disputa.

Conocí a Abdul Ghani, un musulmán de Delhi que trabajaba en una tienda de saris, y quien, al igual que Habrans Lal, India y yo, había nacido en 1947. Me sorprendió lo parecido que era a Habrans Lal. Eran de complexión media, hombres de modales tranquilos, de voz baja, cortés, y sonrisas atractivas. Los dos ganaban alrededor de mil rupias —ochenta dólares— al mes, y soñaban con tener sus propias tiendas, sabiendo que nunca iba a ser así. Y al llegar a la división comunal entre hindúes y musulmanes, Abdul Ghani fue tan franco como Habrans Lal. "Lo que pertenece a los musulmanes", dijo cuando le pregunté por Babri Masjid, "debe devolvérseles a los musulmanes. No hay nada más que hacer".

La amabilidad de Habrans Lal y Abdul Ghani volvía especialmente elocuentes sus divisiones religiosas. Y Babri Masjid no era el único asunto entre las religiones. En Ahmadabad, en el estado de Gujart, la violencia hindú-musulmana se volvió a concentrar en el área de la antigua ciudad amurallada de Manik Chowk, y desde tiempo atrás había adquirido su propia lógica interna: eran tantas las familias que habían perdido miembros en la lucha que el ciclo de la venganza era imparable. También intervenían las fuerzas policíacas. En el hospital de Ahmadabad los doctores descubrieron que muchas de las heridas con cuchillo que trataban las habían hecho profesionales. Alguien estaba enviando asesinos entrenados al pueblo.

Por todo el territorio de India —Meerut, Delhi, Ahmadabad, Bombay— crecía la tensión entre hindúes y musulmanes. En Bombay, una periodista (n. 1947) me dijo que muchos incidentes comunales sucedían en áreas donde los musulmanes habían empezado a prosperar y a ascender en la escala social. Detrás de los lugares clave como Ayodhya, sugirió, estaba el resentimiento hindú ante la prosperidad musulmana.

El Vishwa Hindu Parishad tiene una lista de más de cien lugares disputados del tipo del Babri Masjid. Dos son especialmente importantes. En Mathura, un santuario musulmán, está en el supuesto lugar de nacimiento del dios Krishna, y en Benares, un lugar supuestamente consagrado a Shiva está también en manos musulmanas.

Hallé otro "hijo de la medianoche" en Bombay, un trabajador clerical en el muelle, un musulmán de nombre Mukadam que era tal superciudadano que parecía increíble lo bueno que era. Mukadam estaba entregado por completo a la unidad de India. El creía en las familias pequeñas. El pensaba que todos los indios tenían el deber de educarse a sí mismos, y él mismo se había metido a numerosas escuelas nocturnas. En su muelle lo habían nombrado el Mejor Trabajador. En su pueblo, decía con orgullo, las personas de todos los credos vivían juntas en completa armonía. "Así es como debe ser", decía. "Después de todo, estas religiones no son sino palabras. Lo que hay detrás de ellas es lo mismo, no importa de qué credo se trate."

Pero cuando la violencia comunal llegó a los muelles de Bombay en 1985, la superciudadanía de Mukadam no le sirvió de mucho. El día que la agitación llegó a su muelle se salvó porque él no estaba allí. Durante semanas no se atrevió a regresar. Y ahora, dice, está preocupado de que pueda suceder otra vez en cualquier momento.



El 17 de febrero, una mujer iraní sostiene una bandera norteamericana junto con la tapa del libro de Rushdie.

Al igual que Mukadam, muchos miembros de los grupos minoritarios hindúes empezaron como devotos de la antigua definición secular de India, y no hubo hindúes más patrióticos que los sijs. Hasta el año de 1984, se podía decir que los sijs eran *los hindúes nacionalistas*. Luego vino la tormenta del Templo Dorado y el asesinato de la Sra. Gandhi, y todo cambió.

El grupo de sijs radicales que dirigía Jarnail Singh Bhindranwale, el líder religioso que murió en la tormenta del Templo Dorado, no se puede decir que represente más que a una pequeña minoría de sijs. La campaña en favor de un estado sij separado, Jalistán, halló muy pocos seguidores entre los sijs de India. Hasta noviembre de 1984, cuando murió Indira Gandhi y se supo que sus asesinos fueron los sijs.

En Delhi, furiosas bandas hindúes —entre las cuales se veían por todas partes los hombres del Partido del Congreso (I) de la Sra. Gandhi— decidieron detener a todos los sijs responsables de las hazañas de los asesinos. De este modo se empezó a dar una nueva forma de violencia comunal —los disturbios hindúes-sijs—, y en los diez días siguientes la comunidad sij sufrió una serie de ataques traumáticos de los que no se ha recuperado, ni se recuperará.

En la cuadra 32 del suburbio de Delhi que se llama Trilokpuri, se calcula que quemaron vivos a unos 350 sijs. Recorrí a pie las calles de casas incendiadas, en algunas de las cuales todavía se alcanzaban a ver los huesos de los muertos. Era el peor lugar que yo había visto en mi vida, nada menos porque en las calles vecinas los niños jugaban normalmente, los vecinos vivían su vida. Pero algunos de estos vecinos eran los mismos que habían perpetrado el crimen de Trilokpuri 32, que fue una de las numerosas matanzas de sijs que tuvieron lugar en el mes de noviembre. Muchos "hijos de la medianoche" sijs no llegaron a los cuarenta años.

Escuché muchas de estas muertes, pero dejaré que una sola de ellas hable por las demás. Cuando la multitud llegó por Hari Sangh, un taxista como muchos sijs de Delhi, su hijo escapó por un terreno baldío de yerbas. A su esposa la obligaron a ver cómo le arrancaban la barba a su esposo. (Este ritual del desprendimiento de la barba fue característico de los asesinatos de noviembre.) Ella se las arregló para quedarse con la barba, pensando que eso era, cuando menos, una parte de él con la que ella podría quedarse, y corrió al interior de su casa para esconderla. Entonces bañaron en kerosén a Hari Sangh y le prendieron fuego. También buscaron a su hijo adolescente, lo encontraron, lo apalearon hasta dejarlo inconsciente, y también lo incineraron. Ellos supieron que él era sij a pesar de que se había cortado el pelo, porque cuando encontraron la barba de su padre encontraron también el pelo del hijo, que la madre había guardado.

Otro taxista, Pal Singh (nacido en noviembre de 1947) me contó que él nunca tuvo tiempo para el movimiento en favor de Jalistán, pero que después de 1984 había cambiado de parecer. "Ahora habrá de salir", dice, "tal vez en unos diez años". Los sijs vendían sus propiedades en Delhi y compraban tierra en el Punjab, de modo que si llegaba el momento de regresar al suelo sij no tuvieran que dejar sus bienes. "Yo lo estoy haciendo también", dijo Pal Singh.

Casi tres años después de las masacres de 1984, a nadie se le ha acusado de haber asesinado a un sij en esos temibles días. El Congreso, el partido de Rajiv Gandhi, se apoya cada vez más en el voto hindú y se niega a perderlo.

El nuevo elemento en el comunalismo hindú es el surgimiento de una conciencia colectiva hindú que trasciende la casta, y que cree que las otras minorías hindúes amenazan la esencia hindú. Hay pruebas de que el Congreso (I) de Rajiv trata de controlar ese tigre. En Bombay, el tigre tiene el poder realmente. El partido gobernante Shiv Sena, cuyo símbolo es el de un tigre, es la agrupación hindú-fundamentalista más abierta que ha llegado al poder en toda India.

Su dirigente, Bal Thackeray, un viejo caricaturista, habla abiertamente de que él cree que la democracia fracasó en India. No oculta su franca hostilidad hacia los musulmanes. En los tumultos de Bhiwandi de 1985, unos meses antes de que el Shiv Sena ganara las elecciones municipales en Bombay, los activistas del Shiv Sena estuvieron metidísimos en los actos de violencia antimusulmanes. Y en la actualidad, al mismo tiempo que Sena busca extender su influencia a las zonas rurales de Maharashtra —el estado del que es capital Bombay—, hay noticias de inci-





dentes de violencia comunal en las villas en las que antes nada de esto había sucedido.

Yo vengo de Bombay, y también de una familia musulmana. "Mi" India siempre se ha basado en ideas de multiplicidad, pluralismo, hibridez —ideas a las que están diametralmente opuestas las ideologías comunalistas—. En mi mente, la imagen que define a India es la de la multitud, y una multitud es por su propia naturaleza superabundante, heterogénea, muchas cosas a la vez. Pero la India de los comunalistas no es ni una de estas cosas.

Pasé toda una larga tarde en compañía de un intelectual bengalí (n. 1947), Robi Chatterjee, para quien las insuficiencias de la sociedad son la causa de una angustia profunda, permanente, operática. "¿Existe India?", le pregunté.

"¿A qué te refieres?", gritó. "¿Dónde crees que está esto?" Le dije que me refería a la idea de nación. A cuarenta años de una revolución nacionalista, ¿en dónde se podría decir que reside?

Me dijo:

—Al diablo con todo ese nacionalismo. Yo soy indio porque aquí nací y porque aquí vivo. Así les pasa a todos los demás. ¿Para qué más definiciones?

Le pregunté:

—Si tú te las puedes arreglar sin la idea de nacionalismo, ¿entonces cuál es el pegamento que mantiene unido al país?

—No nos hace falta pegamento —dijo—. India no se va a desbaratar. Todo eso de la balcanización, lo rechazo por completo. Estamos aquí y ya, y aquí vamos a seguir. El peligro es este asunto del nacionalismo.

Según Robi, la idea del nacionalismo en India se ha hecho cada vez más chouvinista, se ha ido estrechando más y más. La han infectado las ideas del nacionalismo hindú. Me llamó la atención una gran paradoja: que en un país creado por la campaña nacionalista del Congreso, el bienestar del pueblo pudiera requerir ahora el abandono de toda retórica nacionalista.

Por desgracia para India, el vínculo entre fundamentalismo hindú y la idea de nación no muestra señales de debilidad. India se define cada vez más como una India de los hindúes, y el fundamentalismo de los sijs y de los musulmanes cada vez se vuelve más feroz y responde con más beligerancia. "Estos días", me dijo una joven mujer india, "la propia religión hay que traerla en la manga". La corrigió un amigo sij. "Se pone", dijo él, "en una funda junto a la cintura".

Me acuerdo que cuando apareció en 1981 *Hijos de la medianoche*, la crítica hindú más frecuente decía que era muy pesimista en cuanto al futuro. Es una triste verdad que a nadie le parece ya pesimista el final de la novela, porque lo que sucedió en India desde 1981 es bastante más tenebroso que cualquier cosa que yo imaginara. En todo caso, la conclusión del libro, con su sugerencia de una nueva generación, más pragmática, educándose para sustituir a los niños de la medianoche, ahora parece absurda, románticamente optimista.

Pero India suele confundir a sus críticos con su obstinación, su pervivencia a pesar de todo. Yo no creo en la balcanización de India, igual que Rabi Chatterjee. Yo supongo que la vieja anarquía operante habrá de seguir funcionando de una u otra forma durante los siguientes cuarenta años, y sin duda lo hará durante otros cuarenta años después de ésos. Pero no me pregunten cómo.

Traducción Antonio Saborit, La Jornada de México

El texto que sigue fue escrito por Rushdie en enero de este año, inmediatamente después de que una multitud —reunida en Bradford, West Yorkshire, de Inglaterra, donde viven cincuenta mil musulmanes— quemara ejemplares de sus *Versos Satánicos*. También se quemaron ejemplares en Oldham, en Greater Manchester. Por fin, Londres concentró todas las manifestaciones musulmanas contra el libro.



LA QUEMA DE LIBROS

Por Salman Rushdie

Mahoma ibn Abdallah, uno de los mayores genios de la historia mundial, exitoso hombre de negocios, general triunfante y sofisticado estadista y profeta, insistió durante toda su vida en su simple humanidad. No existen retratos contemporáneos de él porque temía que la gente llegara a adorar los retratos en caso de que le hicieran alguno. El no era más que el mensajero; el mensaje era lo que había que preservar.

En cuanto a la revelación misma, ésta le causaba una gran angustia a Mahoma. A veces oía voces; a veces tenía visiones; a veces, decía, hallaba las palabras en lo más profundo de su corazón, y en esos momentos su producción le causaba un intenso dolor físico. Cuando empezaban las revelaciones, Mahoma temía por su salud y sólo después que le confirmaban su esposa y amigos aceptaba que él era el recipiente del don divino de la Palabra.

La religión que Mahoma estableció difiere del cristianismo en varios aspectos importantes: el Profeta no tiene un status divino, sino el texto. Vale la pena señalar, además, que el islam no requiere ni de un acto colectivo de adoración ni de una casta intermediaria de sacerdotes. Los creyentes se comunican directamente con Dios.

Sin embargo, en la actualidad una poderosa tribu de clérigos se apoderó del islam. Son la Policía del Pensamiento de hoy en día. Ellos convirtieron a Mahoma en un ser perfecto, su vida en una vida perfecta, su revelación en el acontecimiento definido, claro, que nunca fue. Se han levantado tabúes poderosos. No se puede discutir a Mahoma como humano, con virtudes y debilidades humanas. No se puede discutir el crecimiento del islam como un fenómeno histórico, como una ideología de su tiempo. Estos son los tabúes que *The Satanic Verses* transgredió (estos y no otros; también traté de escribir sobre el lugar de la mujer en la sociedad islámica, y en el Corán). Es por esta transgresión al tabú por la que se anatemiza a la novela, se la fulmina y se la quema.

El doctor Aadam Aziz, el patriarca en mi novela *Hijos de la medianoche*, pierde y se queda con "un hueco dentro de él, una vacante en una vital habitación interna". Yo, también, tengo el mismo hueco. Incapaz de aceptar los absolutos indiscutibles de la religión, he tratado de llenar ese hueco con la literatura. Para mí el arte de la novela es algo tan querido como el valor que le dan los incineradores de libros de Bradford a su particular islam militante. La literatura es en donde yo exploro los lugares más altos y los bajos fondos de la sociedad humana y del espíritu humano, en donde tengo la esperanza de encontrar no una verdad absoluta sino la verdad del relato, de la imaginación, y del corazón. De manera que la batalla en torno a *The Satanic Verses* es un enfrentamiento de creencias, de alguna manera. O, de un modo más preciso, se trata de un enfrentamiento de lenguajes. Como dice mi personaje ficticio *Salman* sobre mi profeta ficticio *Mahound:* "Es su Palabra contra la mía".

En esta Guerra de la Palabra, los guardianes de la verdad religiosa les han estado diciendo a sus seguidores una gran cantidad de mentiras. Se me acusa, por ejemplo, de decir que Mahoma es el diablo. Esto es porque yo utilizo el nombre Mahound que, hace mucho, se usó ciertamente como un término derogatorio. Pero mi novela trata de muchas maneras de reocupar las imágenes negativas, de reapropiarse del lenguaje peyorativo, y en la página 93 explica: "Para convertir los insultos en fuerza, los whigs, los tories, los negros eligieron usar con orgullo los nombres que les ponían para humillarlos; asimismo, nuestro solitario montañista, inspirado por el profeta debe ser... Mahound".

Hasta al título de la novela se lo ha calificado de blasfemo; pero la frase no es mía. Proviene del al-Tabari, una de las fuentes canónicas islámicas. Tabari escribe: "Cuando el Mensajero de Dios vio que su pueblo se apartaba de él... vio con gusto que se ablandaran un poco aquellas cosas que más los mortificaban".

Mahoma recibió entonces los versículos que aceptaban a las tres diosas favoritas de la Meca como agentes intercesores. La gente de la Meca se sintió dichosa. Después, el Arcángel Gabriel le dijo a Mahoma que éstos habían sido "versos satánicos", inspirados falsamente por el Diablo en disfraz y se les quitó del Corán. Sin embargo, Gabriel consoló a Mahoma: los profetas anteriores experimentaron dificultades parecidas por razones parecidas, le dijo. Para mí, el triunfo de Mahoma sobre la tentación no lo deshonra; todo lo contrario. El Arcángel Gabriel sintió lo mismo, pero los que se oponen a la novela son menos tolerantes que los arcángeles.

Los fanáticos me atacan también por falsa analogía, al comparar mi libro con la pornografía y al exigir que nos demanden a ambos. Muchos voceros islámicos compararon mi libro con el antisemitismo. Pero la disensión intelectual no es ni pornográfica ni racista. Traté de ofrecer una visión secular, humanista del nacimiento de una gran religión mundial. Por esto, en apariencia, se me debe enjuiciar a la luz del Acta de Relaciones Raciales, o si no es por esa tal vez convenga hacerlo por el Acta de Orden Público. Sirve cualquier acta antigua. La justificación es que yo "ofendí". Pero el haber ofendido no es base para censurar o la libertad de expresión moriría inmediatamente. Y muchos de los que nos indignamos con las llamas de Bradford sentiremos que la ofensa causada a nuestros principios es cuando menos tan grande a la de los que quemaron mi libro.

En estos días el mundo islámico está lleno de censores, y muchos de sus escritores más relevantes han sido confinados al silencio, al exilio, a la sumisión. (En este momento parece inaccesible la opción de la agudez joyceana.) Ver que los concejales laboristas en Bradford, y que los miembros del Parlamento laborista en Westminster, suman sus fuerzas con los mulahs, es terriblemente desconsolador. Cuando los parlamentarios laboristas Brian Sedgemore, Max Madden y Bernie Grant, y el concejal Mohammed Ajeeb, antiguo alcalde de Bradford, empiezan a solicitar que la censura se extienda y que las leyes contra la blasfemia se expandan en lugar de abolirse, entonces es momento de que la dirigencia laborista responda desentendiéndose del modo más claro posible de tales iniciativas. El conservador secretario de Educación Kenneth Baker, en un escrito para el *London Times*, ya lamentó las amenazas y las quemas, y desechó que fuera deseable usar la ley de blasfemia. El silencio del dirigente del Partido Laborista, Neil Kinnock, está empezando a parecer muy raro. Al margen de todo lo demás, ¿no le importa que los representantes electos del Partido Laborista estuvieran presentes en el auto-da-fe de Bradford?

The Satanic Verses no es, en mi opinión, una novela antirreligiosa. No obstante, se trata de un intento por escribir sobre la migración, sus tensiones y transformaciones, desde el punto de vista de los inmigrantes provenientes del subcontinente indio a la Gran Bretaña. Esta, para mí, es la más triste de las ironías; que después de haber trabajado durante cinco años para darle voz y un cuerpo novelístico a la cultura inmigrante a la cual pertenezco, tenga que ver que queman mi libro, sin haberlo leído, las mismas personas que aparecen en él, que podrían haber hallado algún placer y muchas semejanzas en sus páginas. Traté de escribir contra los estereotipos; las protestas de los fanáticos sirven para confirmar, en la mente occidental, todos los peores estereotipos del mundo musulmán.

¡Qué frágil es la civilización; con qué facilidad, con qué gusto arde un libro! Dentro de mi novela, sus personajes buscan hacerse completamente humanos al enfrentar los grandes hechos del amor, de la muerte y —con o sin Dios— de la vida del alma. Fuera de ella, las fuerzas de la humanidad avanzan. "En la actualidad se trazan líneas de batalla en India", observa uno de mis personajes. "Lo secular contra lo religioso, la luz contra la oscuridad. Mejor elige de qué lado estás tú." Ahora que la batalla llegó a Inglaterra, sólo puedo esperar que no se pierda por omisión. Nos llegó el momento de elegir.



Quema de los *Versos Satánicos*, en Bradford, West Yorkshire, Inglaterra.